

AZORIN Y LOS ESCRITORES GIENNENSES, JOSE TORAL Y SAGRISTA y JOSE GIMENEZ SERRANO

Por Enrique Toral Peñaranda

En este ciclo que tan cordialmente dedica el Instituto de Estudios Giennenses a honrar la memoria de Azorín en el primer centenario de su nacimiento, he querido alzar mi voz modesta y ecuánime, para glosar ligeramente las relaciones que unieron a José Martínez Ruiz con los escritores giennenses José Toral y Sagrista y José Giménez Serrano, dejando para labios más autorizados el estudio que se merecen otros dos escritores. Al primero, Angel Cruz Rueda, le debió mucho Azorín, tanto que sólo le pudo corresponder con la exquisita dedicatoria de sus «Memorias Inmemoriales»; mucho le debemos también los que nos honramos con su amistad noble, desinteresada, magistral en Literatura y Filosofía. El segundo, Luis González López, fue asimismo admirador de Azorín, pero su admiración y su amistad con el maestro, más bien que propia, fueran reflejo de las de su fraternal amigo Angel. Para los dos mi cariñoso recuerdo.

José Toral y Sagrista nació en Andújar el 21 de enero de 1874. Sus padres, Ramón Toral y de Bonilla y Concepción Sagrista y de Bonilla —primos hermanos— eran de Jaén al igual que casi todos sus ascendientes.

Huérfano de padre a los ocho años y de madre a los quince, pasó a Manila en 1891, recién terminado el bachillerato en compañía de su hermano Juan, algo mayor que él, y del nuevo jefe de la familia, su hermano Enrique, a la sazón Teniente de Estado Mayor.

En Manila estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Santo Tomás, que simultaneó con un empleo en la Dirección General de Administración Civil y con el ejercicio del periodismo. En 1896 imprimió su poema «La musa y el poeta» y en 1897 y 98, en colaboración con

su hermano Juan, los hermosísimos libros «Tradiciones Filipinas» y «El Sitio de Manila», memorias de un voluntario, pues voluntarios fueron los hermanos Juan y José en la guerrilla de San Miguel en las campañas del general Lachambre, contra la insurrección y contra Los Estados Unidos.

Con este bagaje intelectual y sólo veintisiete años, llegó a Madrid en 1901. En un ambiente hostil, que nada quería saber de la pérdida de las Colonias, y mucho menos de los repatriados, empezó a trabajar en su carrera y como crítico literario en «El Globo», periódico entonces de inspiración romanonista, en el que escribía Azorín. Allí se conocieron, pero José Toral, después de publicar un libro de versos en 1904 «Primeras Notas», abandonó pronto sus afanes literarios, para hacer oposiciones a notarías, logrando plaza en 1905, sirviendo interinamente la de Madrid, vacante por haber retirado la fianza Joaquín Costa y luego otra en propiedad de la misma capital.

Dejémosle contar ésto y su vuelta a la Literatura.

«...el espíritu sesudo que a pesar de mi romanticismo de poeta, alienta en mí, el Sancho Panza que echa agua al vino generoso de las ilusiones, mi instintivo terror a la bohemia andante, y a la lucha a puñetazo limpio con el pan cotidiano, al zarandeo de una en otra redacción y de uno en otro editor, me hicieron colgar mi mal cortada pluma de escritor y convertir las dulces trovas en las prosáicas cláusulas de las escrituras. Pero la semilla que se entró en el surco abierto en el alma, germina siempre por mucho que se abandone su cultivo y la primera vocación acaba por imponerse con fuerza avasalladora a nuestros propósitos más firmes y a nuestras más utilitarias conveniencias, y así después de doce años de silencio, retorné en 1916 a mis primeros gustos y de aquella fecha a hoy —1926— llevo publicados diez volúmenes de prosa y verso». (1).

[«La vida literaria en España es un poco dura —diría Azorín—. Luchamos y penamos por tener un poco de respiro; necesitamos ir muy de prisa, pensar en muchas cosas. Y aún así, cuando llegan los años tristes de la vejez, nos sentimos indefensos». (2).]

(1) De «Palabras». Autobiografía de José Toral en «Letras de España y América». Figuerola Maurin. Mayo de 1926.

(2) Cita de Cruz Rueda en su «Vida y Obra de Azorín».



« J. TORAL »

Escribía por el placer puro, intelectual de escribir y publicaba para comunicar a los demás sus sentimientos, sin propósito —lícito por supuesto— de ningún beneficio. Se complacía con la crítica de sus amigos y de los desconocidos que le escribían sus opiniones, no importándole demasiado los reparos que algunas veces unos y otros harían.

De toda su producción, para mí, son obras cúspides «Poemas en Prosa», publicada en 1921 y «El Ajusticiado» en 1923.

Del primero dijo Bonilla San Martín: «A pesar del título, Poemas en Prosa es un libro de Filosofía —de Filosofía del dolor— que es la primera y más alta Filosofía...» (3).

El segundo renovó la amistad de José Toral con Azorín, que le escribía acusándole recibo, en carta con el anagrama del P. E. N. Club:

«Sr. D. José Toral

Mi querido compañero y amigo: Mil gracias por su novela «El Ajusticiado». Novela —por lo que voy leyendo— del más alto interés dramático, escrita en terso, castizo y claro estilo.

Con toda cordialidad

Azorín

Madrid 23 marzo 1923».

Y de que la leyó con atención, son prueba los artículos que dedicó a esta obra; el primero publicado en ABC el 3 de mayo de 1923, concluye así:

«Y a usted, querido Toral, gran novelista José Toral, un abrazo cordialísimo por la honda emoción que con su novela «El Ajusticiado» ha hecho sentir al lector que traza estas líneas» (4).

Un segundo artículo publicó en «La Prensa», diario de Buenos Aires, el domingo 24 de junio del mismo año, ilustrado con el retrato a pluma que reproducimos y del que copiamos:

«En la producción literaria española destaca la novela. Tenemos en primera línea a Baroja, Pérez de Ayala y Valle Inclán; viene luego una

(3) Carta a José Toral recogida en «José Toral y su obra literaria. Algunos juicios críticos». Librería y Editorial Madrid, S. A. Folleto sin año de publicación ni páginas numeradas. Son 64.

(4) Este artículo se publicó además en la obra de Azorín «Escritores». Biblioteca Nueva. Madrid 1956. Páginas 99 a la 105.

brillante pléyade de novelistas meritísimos, cultivadores de todas las variedades de la novela. Y entre estos novelistas acaba de destacarse uno de cualidades singularísimas. Se llama José Toral y su novela más reciente lleva el título de «El Ajusticiado»... El cuadro de la novela es Galicia... Hay una profunda emoción en la novela: y esta nota exquisita, rarísima emoción es la que hace de «El Ajusticiado» un libro excepcional».

Sigue diciendo Azorín que «José Toral ama su arte, el arte literario. Raro es, agrega, que en los tiempos de industrialismo que alcanzamos que un obrero ame su oficio».

Resume magistralmente el libro, con esa difícil concreción que él hizo tan aparentemente fácil.

«El ajusticiado es la historia trágica de un niño. El padre de este niño se casó con una mujer de lejanas tierras, mujer misteriosa, extraña. Fue infortunado este hombre bueno en su matrimonio. La madre odiaba al niño y al padre. Murió trágicamente el padre, sospechosa y misteriosamente; la madre se casó con un pariente del difunto (Cabreiros), hombre malo, siniestro, taimado y ponzoñoso; el nuevo marido odiaba también al niño. Nació un hermanito, era el vivo retrato del odiado padrastro. Nacido y criado en un ambiente de odio, Manuel llegó a detestar hondamente a su hermano.

«Todos los cuidados eran para este niño; todos los servicios para Manuel. En tal grado de exasperación estaba Manuel Dacosta, que un día salió de casa para matar a su hermano. Lo encuentra, pero lo encuentra asesinado. La justicia prende a Manuel, le van a ahorcar. En la cárcel, Manuel descubre al asesino de su hermano. Indultan al reo, pero éste un día, en el patio de la cárcel, estrangula al asesino de su hermano con objeto de hacer desaparecer toda prueba del crimen. El, Manuel Dacosta, autor moral de la muerte de su hermano, quiere morir, no ama ya la vida. La vida ha sido para él un camino de abrojos, va a morir dentro de un momento.»

«Esta es —concluye— la novela de José Toral. Pero es preciso leerla. ¡Cuántas páginas en ella de honda, conmovedora, angustiosa emoción!

Emoción, divina emoción, esencia imperecedera del arte; emoción grado supremo, sublime del arte».

Después de esta novela, aún publicó más libros José Toral, de versos y de prosa, que caen ya fuera de nuestro estudio.

En mi archivo no existen más cartas de Azorín, lo que no significa que sus cordialísimas relaciones cesasen, pues constituye uno de los recuerdos de mi infancia el haber presenciado como mudo espectador, en librerías de viejo, la conversación de aquellos dos escritores, el uno profesional y el otro aficionado, que departían gravemente de materias que yo no entendía...

Fallecido José Toral el 16 de febrero de 1935, muchos años más tarde, sin duda por este recuerdo de Azorín y la generosa mediación de Cruz Rueda, recibía yo en 1949 (11 de agosto), un ejemplar regalado de su obra «Valencia» que dice «A Enrique Toral. Cordialmente. Azorín».

* * *

Azorín y Giménez Serrano no se conocieron; es más, durante mucho tiempo no supo Azorín de su existencia, pero sus caminos se cruzaron en cierto modo y a este cruce se deben unas bellas páginas azorinianas.

José Giménez Serrano, nacido en Jaén el día 12 de diciembre de 1821, algo más de los tres cuartos para las cinco de la tarde, en la calle del Obispo Arquellada, fue hijo de don Pedro Fulgencio Ximénez y de doña Catalina Teresa Serrano. Su padre y abuelos paternos eran granadinos, como se decía entonces, hoy de Granada y Almería. Su madre y abuelo materno de Jaén; la abuela de Begíjar. Le bautizó su tío carnal don Cándido Serrano y Quesada, cura del Sagrario, el día 14 de aquel mes, siendo madrina su tía doña María Nicolasa Serrano (5).

(5) Esta es la partida de bautismo:

«Don Manuel Caballero Venzalá, licenciado en Sagrada Teología y Derecho Civil, canónigo y cura párroco del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, de Jaén.

CERTIFICA: Que en el libro veintisiete de bautismos, folio 113 vto. de este archivo parroquial de mi cargo, obra un acta cuyo tenor literal es el siguiente:

«En la Ciudad de Jaén a catorce días del mes de Diciembre de mil ochocientos y veinte y un años. Yo Dn. Cándido Serrano y Quesada Cura del Sagrario de esta Sta. Yglesia Catedral Bauticé solemnemente un niño hijo legítimo de Dn. Pedro Fulgencio Ximénez natural del lugar de Alhavía Reyno y Arzobispado de Granada en el Río de Almería, y de D.^a Catalina Teresa Serrano natural de esta Ciudad, vecinos de esta Sta. Yg.^a. Calle del Obispo Arquellada. Abuelos paternos Dn. Lorenzo Justiniano Ximénez

El buen sacerdote don Cándido fue nombrado canónigo de Granada y a su casa granadina de la calle de Elvira, situada enfrente de la casa de expósitos «La Cuna», fue a estudiar la carrera de Leyes nuestro ya amigo José María, de Santa Victoria, Lorenzo, Cándido, Pedro, Nicolás de Santa Catalina y Manuel Giménez Serrano.

Sucedía esto en 1839. Don Juan de Dios de la Rada y Delgado, su amigo y condiscípulo, nos dirá años andando que era «un travieso estudiante como hasta de diez y siete años, de ojos negros y brillantes, mirada de fuego, tez pálida, negro y hermoso cabello, que en amplias ondas acariciaba su frente y talle tan suelto y flexible que bien dejaba presente la viveza de su dueño». (6).

Esto en cuanto al físico (recordemos esta hermosa melena porque la volveremos a encontrar). En cuanto a sus dotes intelectuales no eran menos sobresalientes. «La agudeza de su ingenio y lo galante de su trato lo hacían tan querido de las bellas como de sus compañeros de estudio y de sus catedráticos, entre quienes alcanzaba merecida reputación por su inteligencia espontánea y profunda que no por esa memoria minuciosa pero estéril de algunos estudiantes que sólo en ella pueden fundar los únicos títulos de sus éxitos».

De estas envidiables cualidades intelectuales, dan ligera prueba, de un lado sus títulos académicos y nombramientos de catedrático de varias asignaturas; de otro, su personalidad literaria de fundador y redactor de periódicos literarios y políticos.

Respecto a lo primero, en 28 de septiembre de 1843 ya era doctor en Leyes; en 9 de marzo de 1848 catedrático de Matemáticas en el

natural de la villa de Lacalahorra Reyno de Granada Obispado de Guadix, y D.^a Juana Gabriela Calero nat. de la Ciudad de Vera Reyno de Granada Obispado de Almería: Maternos Dn. Francisco Manuel Serrano nat. y vecino de esta Ciudad y D.^a Ana María de Quesada nat. de la villa de Bejijar de este Obispado; le puse por nombre **José María, de Sta. Victoria, Lorenzo, Cándido, Pedro, Nicolás de Sta. Catalina, Manuel**, el que dijeron nació el día doce de este presente mes y año algo más de los tres cuartos p.^a las cinco de la tarde: fue su Madrina nombrada por dhos. sus Padres D.^a María Nicolasa Serrano tía del Bautizado a la que advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones de este Sacramento de que doy fe.—Dn. Cándido Serrano.—Rubricado».

(6) «Biografía. Don José Jiménez Serrano». Necrología publicada por don Juan de Dios de la Rada y Delgado en El Museo Universal de Madrid, número 13 del 1.º de julio. Año 1859, páginas 98 y 99.

recién creado Instituto de Jaén; en 1853 pasa en el mismo Instituto a la cátedra de Geografía e Historia; en el mismo año, catedrático de la Universidad Central con destino al cuarto año de la Sección de Administración de la Facultad de Filosofía, siendo el primero que desempeñó a cátedra de Derecho Civil, Mercantil y de procedimientos aplicados a la Administración. Por fin la de Historia de las relaciones políticas y diplomáticas de España con las demás potencias.

Hablaba latín, francés, italiano, inglés y alemán.

En Granada fundó en su primera juventud dos periódicos. Uno «La Campana de la Vela» de índole política y otro «El Pasatiempo», literario, y a su supresión «La Distinción». Más tarde la revista literaria del Granadino.

Colabora intensamente en otros muchos, citándose «El Artista», «El Castellano», «El Tiempo», «El Siglo XIX», «El Museo Universal» y «El Semanario Pintoresco». Retengamos asimismo este nombre.

Enfermó Giménez Serrano por una caída de caballo, cuando iba de Jaén a Granada al entierro de su tío el canónigo, y «tras largos meses de enfermedad lenta y cruel, de dilatada agonía y padecimientos infinitos, a las cinco y cuarenta minutos de la mañana del día 21 de enero de 1859, moría, siendo enterrado en la Sacramental de San Luis, de Madrid.»

«Estaba casado con doña Juana Villarreal, granadina, y tenía una hija». Contaba al fallecer treinta y siete años, un mes y siete días de edad y era diputado a Cortes electo por Alcalá la Real.

«Ultimamente colaboraba en el diario de La Mañana de Cuba, El diario de Barcelona, La Epoca, El Criterio, La Gaceta de los Tribunales, La Revista de Ambos Mundos, La América y La Tutelar.»

Sus preciosos artículos de costumbres, sus poesías, están dispersas en estas publicaciones. Su nombre —Jaén le dedicó una calle— se recuerda con elogios, pero nadie le ha leído y prácticamente hoy sólo se conoce su Manual del viajero en Granada.

En Jaén, como catedrático del Instituto, vivió de 1848 a 1853; es decir, cinco años.

Poseo un ejemplar rarísimo, no quiero llamarle único, del «Discurso leído en la solemne apertura del presente curso académico en el

Instituto de Segunda Enseñanza de esta ciudad, por don José Giménez Serrano, doctor en Jurisprudencia, abogado del ilustre Colegio de Granada, catedrático interino de Matemáticas del Instituto de Segunda Enseñanza de Jaén, juez del Tribunal de Examen de la Sociedad de Escritores Dramáticos, ex secretario de la Comisión de monumentos Históricos y Artísticos de Granada, etc.; imprenta de la Sociedad Tipográfica. 1848».

El solemne acto se celebró el día 1.º de octubre. Después del discurso de Giménez Serrano, declaró abierto el curso el doctor don Manuel Muñoz y Garnica, y pronunció unas palabras el señor Jefe Superior Político.

En el discurso analiza Giménez Serrano las recientes convulsiones europeas. «Nunca —dice— señores, fue más oscuro el porvenir, ni se agruparon tantas nubes preñadas de rayos en los últimos términos del horizonte; nunca fue más necesaria la luz de la razón ilustrada por la recta enseñanza».

Pero, resume: «Con la ciencia y la fe cristiana si se desarrollan entre la juventud que nos ha de suceder, veréis tornarse en bonanza esas tormentas que ahora nos estremecen».

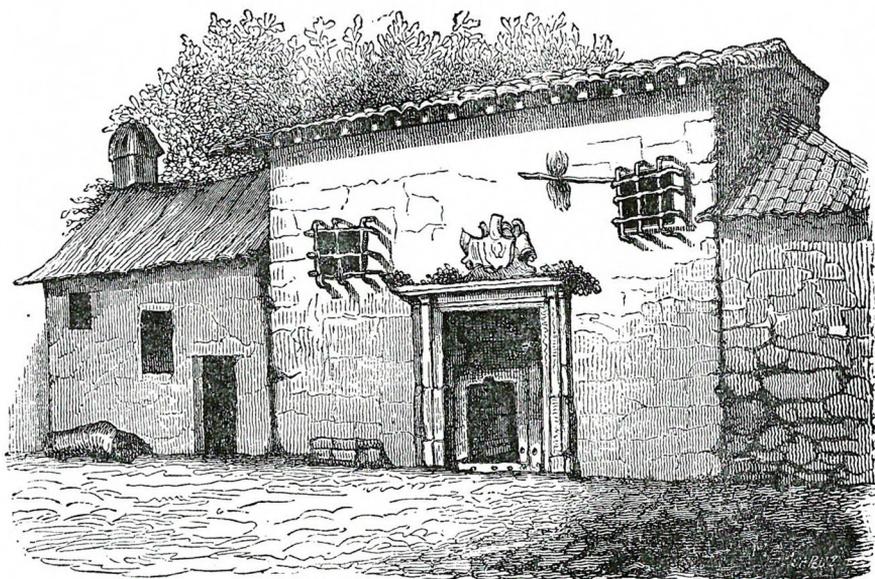
Para esto es necesario la ayuda de los padres de familia.

«Ayudadnos, sí, que nosotros pondremos todas nuestras fuerzas, toda nuestra diligencia en esta empresa: y ojalá logremos hacer un solo bien a una familia, a la ciudad de Jaén que amamos predilectamente, a la nación española madre común, que a esta sola recompensa aspiramos y ella será nuestro mejor laudo».

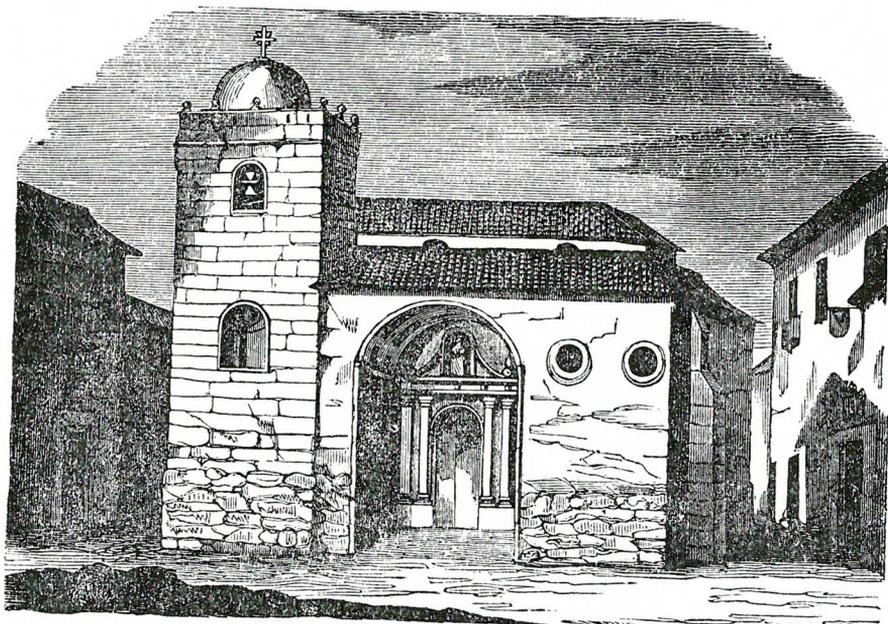
Consecuentemente escribe y publica un libro elemental de Matemáticas que no conocemos, pero que alabó mucho entonces el señor Catalina. Funda en Jaén la Escuela de Bellas Artes y perteneció a la Junta de Beneficencia.

Hasta aquí este somero análisis de la persona y de la obra de Giménez Serrano, a quien empecé a querer llevado del cariño que a su familia profesaba José Toral y Sagrista, a quien le oí muchas veces hablar de su genio malogrado por muerte tan prematura.

Veamos ahora su relación con Azorín.



Casa llamada de Mechano, en que estuvo preso Cervantes y comenzó a escribir el Quijote, (dibujo original de Giménez-Serrano).



Vista de la iglesia y plaza de Tobujo, (dibujo original de Giménez-Serrano).

Reunió Azorín en 1905 en el libro intitulado «La Patria de don Quijote», los artículos publicados en El Imparcial con motivo del tricentenario del Quijote. En 1912 hizo la primera edición ilustrada que ya era cuarta en 1914; ello demuestra el éxito de su obra y la atención con que fue leída; «éxito que contrasta, como dice Cruz Rueda, en «El Cervantismo de un Cervantista» con lo relatado por el propio Azorín: «leídos estos artículos por Julio Burell ante los redactores del periódico, no agradaron; protestaban y se reían». «Mas ahora somos nosotros —añade Cruz Rueda con razón— los que nos reímos de aquellos pobres hombres» (7).

En verdad era un poco extraño el libro: En vez de escribir de cosas eruditas deleitábase Azorín en pintar tipos cervantinos; tan cervantinos, tan realmente intemporales, que al publicar la primera edición ilustrada con fotografías, pudo poner como epígrafes estos: Don Quijote, Don Quijote y Sancho Panza, Teresa Sancha y Sanchica Panza y el Ama y la sobrina de Don Quijote, que corresponden exactamente a las criaturas cervantinas.

¡Precioso libro este de Azorín! Pero Azorín, tenía una cualidad humana sorprendente entre todas las suyas tan destacadas; la probidad intelectual. Esta probidad, recalca Cruz Rueda en su «Vida y Obra de Azorín», «este respeto a la verdad es lo que justifica su cambio de opinión acerca de un Quevedo entre los clásicos o referente a un don Juan Valera entre los modernos; no es veleidad o inseguridad en los juicios, es, sencillamente honradez literaria» y esta probidad, esta honradez es lo que le hace en 1913, en su libro «Los Valores Literarios» estampar estas nobilísimas palabras en su trabajo «La Patria de Don Quijote».

«Cuando en 1905 un joven escritor (romántico y con el pelo largo) hizo un viaje por La Mancha siguiendo la ruta de Don Quijote, ignoraba que muchos años antes, en 1848, otro joven escritor (con el pelo largo, romántico) había realizado en parte el mismo viaje. Hasta hace poco no ha sabido de las andanzas del primer viandante el segundo deambulador. Quien viajó en 1848 fue J. Giménez Serrano. Colaboraba este escritor en el Semanario Pintoresco; en esta revista publicó sus impresiones. Las publicó en los números correspondientes al 16 de enero, 30

(7) Estos artículos de Azorín se publicaron en «Los Lunes del Imparcial».

del mismo mes, 6 de febrero, 2 de abril y 23 de igual mes. Cinco son, por tanto, los artículos publicados. Llevan el título de «Un paseo a la Patria de Don Quijote».

A continuación extracta Azorín lo que le parece más interesante; extracto que realizado con su peculiar maestría, ocupa las páginas 122 a 135 de la primera edición que manejamos.

Coinciden, pues, dos grandes escritores: los dos se han desentendido de libros y de ficciones y han ido al campo, a la tierra, a buscar la verdad cervantina; y los dos la han encontrado. Giménez Serrano en las casas y en la leyenda que transcribe rápidamente sobre el propio terreno. Azorín en los tipos humanos, en los personajes cervantinos que cobran nueva vida bajo su pluma.

Más el propósito inicial es muy distinto. Azorín, por encargo de su director, Ortega Munilla, se traslada a La Mancha para escribir sus impresiones sobre la ruta de Don Quijote. Claro es que se preparó minuciosamente relejendo El Quijote y estudiando las inéditas «Relaciones topográficas» ordenadas por Felipe II.

Giménez Serrano iba más lejos —su propósito era después de jurar y perjurar contra los comentadores de El Ingenioso Hidalgo, la extraña manía de comentarlo también a su manera—. «Mas —añade— no comencé (reparemos que habla en pasado; es importante) por anotar los errores gramaticales (alusión a Clemencin cuyo primer tomo comentado se había publicado en 1833) ni por apuntar las veces en que el autor se olvida, en el abandono de su fácil vena de lo que antes dijo; ni menos copié raros libros de caballerías para saber los pasajes que imitó Cervantes, ni revolví crónicas para averiguar la biografía de las barbas, ni la procedencia francesa del castizo nombre de Maritornes, ni si se mantuvo o no en tiempo de Suetonio. Como la juventud es irreflexiva y sobrado confiada en sus propias fuerzas, desprecié el antiguo método y antes de todo me propuse visitar la patria de Don Quijote, recorrer las calles de su lugar, seguir el camino de sus primeras y más famosas aventuras y apurar cuanto allí se supiese de las desgracias del Manco de Lepanto y de lo que pudo dar origen a su riquísima historia.»

Larga es la cita; pero merece la pena, pues nos permite inscribir el nombre de Giménez Serrano entre los cervantistas de pro, máxime si añadimos estas palabras:

«Tengo la creencia, algo pretenciosa tal vez, de que este libro no se ha juzgado con la profundidad que merece; no se ha comentado con el entusiasmo y elegancia, con la gala y buen gusto que exigen sus páginas de oro. Lo primero andando el tiempo he de probarlo, si a ello alcanzasen mis fuerzas y en más pretencioso escrito».

Supo, naturalmente don Angel Cruz Rueda de estas nobilísimas palabras de Azorín que renuncia galanamente a haber sido el primer escritor español que siguiera la Ruta Cervantina, pero me dijo que ignoraba que el primer viajero J. Giménez Serrano, fuera el simpar giennense.

Posteriormente González López en Paisaje, en el número 34 correspondiente a mayo de 1947, lanzó las campanas al vuelo bajo el título de «Jiménez Serrano y Azorín»: «Coincidencia grata, querido Azorín, don José Jiménez Serrano es de mi tierra, Jaén, donde tiene dedicada una calle...» y con permiso expreso de Azorín, reproduce «La Patria de Don Quijote».

Ahora, Cruz Rueda en su ya citado «El Cervantismo de un Cervantista» nos dice en 1949:

«La Patria de Don Quijote son dos artículos en que da noticia Azorín del viaje que en 1848 realizó el catedrático J. Jiménez Serrano y del que publicó sus impresiones en cinco números del Semanario Pintoresco; viaje que ignoraba el maestro cuando en 1905, publicó «La Ruta de Don Quijote».

Pero ni González López ni Cruz Rueda leyeron nunca los artículos de Giménez Serrano. Se contentaron con la bellísima transcripción de Azorín y es el caso que estos cinco artículos son merecedores de una esmerada reimpresión, sin olvidar los dibujos del propio autor que representan una vista de la plaza de Argamasilla de Alba, otra de la célebre venta en que Cervantes supuso acaecidos varios pasajes del Quijote, la casa llamada de Medrano, en que estaba preso Cervantes y comenzó a escribir El Quijote y finalmente una vista de la iglesia y plaza del Toboso.

Más el reproche; amistoso reproche que hacemos a Cruz Rueda y a González López, alcanza también al propio Azorín que no leyó con el suficiente detenimiento estos artículos cervantinos.

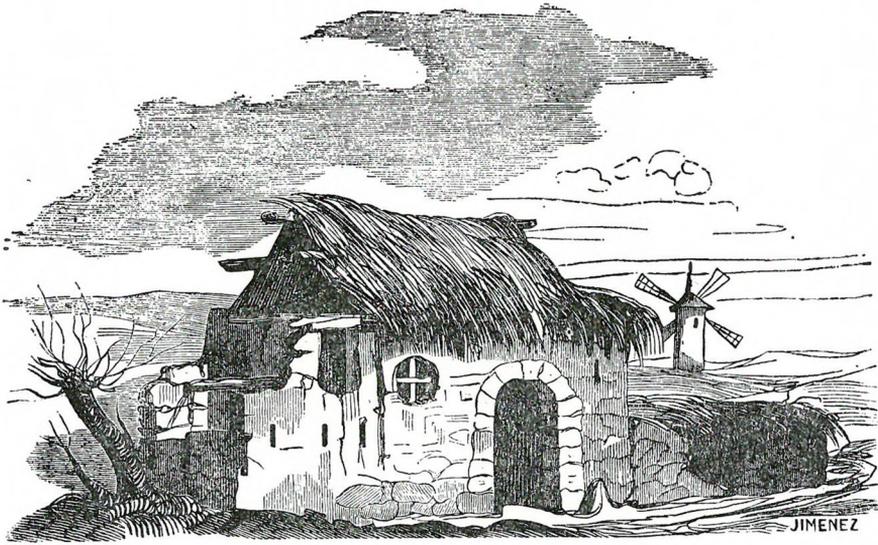
La causa nos parece obvia. Hemos dicho que Azorín era probo; tenía una gran honradez literaria. Su Ruta de Don Quijote había tenido éxito; le había dado justo renombre de cervantista y estaba orgulloso de haber sido el primer escritor español que había seguido esta ruta. De pronto, impensadamente, en las páginas, leídas al acaso del Semanario Pintoresco Español, encuentra los artículos de Giménez Serrano. Los lee primero incrédulamente: No, no es posible lo que lee y sin embargo allí está y él no puede, no quiere, no debe silenciarlo de suerte que escribe «La Patria de Don Quijote» resumiendo el trabajo de Giménez Serrano.

Pero este resumen, caso raro, rarísimo en Azorín, no es exacto. Empecemos con el principio: «Cuando en 1905 un joven escritor (romántico y con el pelo largo) hizo un viaje por La Mancha siguiendo la ruta de Don Quijote ignoraba que muchos años antes, en 1848, otro joven escritor (con el pelo largo, romántico) había realizado en parte el mismo viaje... quien viajó en 1848 fue J. Giménez Serrano».

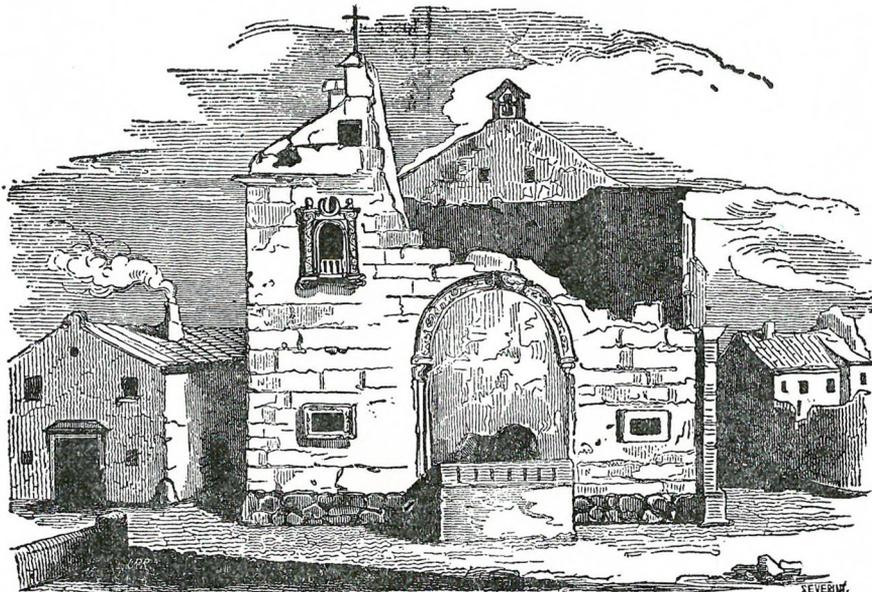
Pues bien: Giménez Serrano no realizó este viaje en 1848. Lo publicó efectivamente ese año (el primer artículo en el número segundo correspondiente al día 9 de enero de 1848) «la tierra —dice en el artículo segundo— comenzaba a hervir según la enérgica expresión de los segadores»: Estamos, pues, muy lejos de enero de 1848), pero lo había realizado años antes. Ya al principio, como hemos señalado, habla en pasado, pero la demostración más palmaria, más contundente, nos la da al hablarnos de la casa de Medrano con referencia al dibujo de la misma: «Mis lectores verán al fin de este artículo un fiel traslado de ella, *tal como estaba entonces pues posteriormente ha sido revocada y según otros ha sido derribada*» (el subrayado es nuestro).

Queda claro que el viaje no se realizó en 1848, y que Azorín no reparó en estas palabras y en la forma de pasado en que cuenta Giménez Serrano su viaje. ¿Pero cuándo lo realizó?

Nosotros, con más datos de los que dispuso Azorín, podemos decir dos cosas: La primera que fue forzosamente anterior a 1848, no sólo por las razones dadas, sino porque en ese año ya era Giménez Serrano catedrático del Instituto de Jaén, estaba casado y tenía veintisiete años, lo que le sitúa lejos de los primeros años de su juventud a que se refiere



Vista de la célebre venta en que Cervantes supuso haber acaecido varios parajes del Quijote, (dibujo original de Giménez-Serrano).



Vista de la plaza de Argamasilla de Alba, patria insigne del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, (dibujo original de Giménez-Serrano).

(no olvidemos que estamos en la primera mitad del siglo XIX). La segunda es que probablemente lo hizo en 1842, fecha en que tenía veintiún años y estaba recién doctorado en Jurisprudencia, lo que supuso un paréntesis entre sus estudios universitarios y sus posteriores ocupaciones.

Además, esta errónea afirmación de Azorín es pequeña al lado de otra. Cuenta Giménez Serrano en su cuarto artículo, en un trasunto del emotivo prólogo del viaje al Parnaso, «que yendo andando camino del Toboso le alcanzó un cura amojamado y caballero sobre una valiente mula de peso».

Trabada cordial conversación le contó esta tradición tobosesca: «En la casa que llaman de Dulcinea... vivía en tiempos antiguos un labrador muy rico que tenía una hija algo ligera de cascos y que traía en revuelta a los mozos del pueblo. A casa de este labrador llegó un día al anochecer un viejo, con trazas de soldado, muerto de fatiga y de necesidad; pidió que le recogiesen y el señor que tenía buenas entrañas mandó que preparasen cena al pobre huesped y trabó con él al amor de la lumbre larga plática de pasadas campañas y de lejanas tierras. Tan contento estaba el labrador oyendo al veterano que ordenó añadiesen un jarro de lo tinto al salpicón de oveja que formaba el cuerpo de ataque de la modesta cena. Concluida ésta, fuese a reposar Cervantes en un pajar y a poco llamaron con gran estrépito en la puerta de la casa del tío Lorenzo. Abrió éste reposadamente y se encontró que era un turbión de mozos algo tomados del vino que buscaban al viejo para darle un baño en las lagunas que hay en las tenajerías, so pretexto que era un sacamantas o vejiguero que se había fugado de Argamasija después de armar pendencia con los vecinos. El dueño, persona muy autorizada en el lugar, dijo que allí no había nadie, que el soldado se había marchado después de cenar y así los dio con la puerta en los hocicos. Uno de los alborotadores, sin embargo, que debía ser novio de la muchacha impuso silencio a todos y dirigiéndose a las ventanas del pajar hizo alguna seña, pues apareció la hija de Lorenzo y les dijo —entrad por aquí que está durmiendo en este pajar—. Treparon a la cuadra y cogieron dormido al soldado, que no pudo defenderse y medio arrastrando le sacaron por las calles del pueblo con no poca algazara de la muchacha del labrador y grande indignación de éste...».

Hasta aquí Giménez Serrano. Veamos ahora lo que transcribe Azorín:

«El cura relata al literato dos leyendas o consejas relativas a Cervantes. Se refieren las dos a una bárbara —y supuesta— venganza que en el Toboso se tomaron con un recaudador de contribuciones o alcabalero llamado Cervantes. Dicho Cervantes no era otro que el autor de El Quijote. Habiendo llegado el alcabalero al pueblo y hallándose durmiendo por la noche en un pajar de una casa le despertaron los mozos y a medio arrastrando con una sogá a la cintura le sacaron por las calles del pueblo».

Como se ve, la única tradición contada por el cura la convierte Azorín en dos. Donde el cura habla de un viejo soldado, él decididamente le llama alcabalero.

No menoscabamos con estas impresiones nuestro cariño, nuestra admiración por la obra de Azorín; simplemente cumplimos un deber de rectitud intelectual.

* * *

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

Sobre la personalidad literaria de José Toral, se pueden consultar, además del folleto citado:

- Carmona Nenclares. La prosa literaria del 900.
- González López, Luis. Glorias de Jaén. El novelista Toral en Paisaje. Julio de 1947.
- Martín de la Cámara, Eduardo. Parnaso Filipino. Antología de Poetas del Archipiélago Magallánico. Barcelona. Editorial Maucci. Sin año, pero 1923.
- Artículos de prensa sobre su obra. Tres tomos encuadernados. Archivo del Autor.
- Epistolario de José Toral. Idem.

Sobre Giménez Serrano (datos orientativos de Caballero Venzalá).

- Pedro Antonio de Alarcón: «Necrología». En «La Epoca» (Madrid, 22-1-1859).

— Juan Rada y Delgado: «Biografía de don José Jiménez Serrano» en «El Museo Universal», 1859, páginas 98-99.

- José Santón Fontana: «La velada del 21» en «Jaén», 24-1-1883.

La colección de esta revista está en la biblioteca del Instituto de Estudios Giennenses.

- Enrique de Guindos Torres: «Memoria leída en la primera velada de la Sociedad Literaria...». En «Jaén» 1-II-1883.

— Alfredo Cazabán Laguna: «Un drama de Almendros y un soneto de Jiménez Serrano». En «Don Lope de Sosa», 1915, páginas 146-147.

— Francisco de P. Valladar Serrano: «Jiménez Serrano». En «La Regeneración». (Jaén) 29-III-1919). Este artículo está publicado en «La Alhambra» (seguramente en 1919).

— Manuel del Palacio: «Jorge Ronconi y la Cuerda Granadina». En la «Ilustración Española y Americana». 30-I-1890, páginas 62-63.

Además; Cazabán Laguna. Dos cartas. Giménez Serrano, en Don Lope de Sosa. Número 77. Mayo 1919, páginas 145-147.

Como en este se dice que la venerable y venerada madre de don Joaquín Ruiz Giménez era hermana de Giménez Serrano, publicamos la correspondiente partida de bautismo que es esta:

«Con Pedro Solís y Rodríguez. Presbítero. Cura-Párroco de San Bartolomé de esta ciudad.

CERTIFICO: Que en el libro 9.º de bautismo y al folio 135 vto. de este archivo a mi cargo, se halla la siguiente:

Partida. En la Ciudad de Jaén, Provincia y Obispado del mismo nombre, a quince días del mes de septiembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro: Yo Don Miguel Lodís, Pbro. bauticé y crismé solemnemente con licencia del Br. D. Cristóbal Fernández, Párroco de esta iglesia de S. Bartolomé, a un niño, que dijeron había nacido en la calle de Aldana, como a las seis y media de la mañana del día doce. Le puse por nombres: **Joaquín, Sacerdote, José, Pedro, Manuel**, Hijo legítimo de D. José María Ruiz y Dña. Manuela Giménez, naturales y vecinos de esta Ciudad, nieto paterno de D. José y Dña. Joaquina Guerrero, difuntos, naturales también de Jaén, y materno de D. Pedro Fulgencio Giménez, vecino de esta y natural de Alhabia, Prova. de Almería. y Dña. Manuela Vigas, de esta naturaleza y vecindad. Fueron sus padrinos el referido D. Pedro Fulgencio Giménez y Dña. Juana Giménez, tía del bautizado, a los que advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones de este Sacramento. Fueron testigos Francisco y Serafín Fernández, sirvientes de dicha iglesia. Y por ser todo verdad firmo la presente con dicho Sr. Párroco, fecha ut supra. = Br. Fernández = Miguel Lodís = Hay dos rúbricas.

Es copia literal, concuerda con su original a que me remito.—Y para que conste libro la presente en Jaén a dos de junio de mil novecientos veintidós».

De la misma consta que Giménez Serrano y la madre de Ruiz Giménez eran hermanos de padre solamente.